Año I. Toledo 5 de Agosto de 1899. Núm. 4.º

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Dirección y Administración:
Calle Nueva, núm. 16, principal.

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

Precios de subscripción.

En Toledo, un trimestre..... 0,75 peseta.
Provincias, íd..... 1,00 »
Número suelto..... 0,05 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.
Pago adelantado.

EL LOCO

Dejé la ciudad y, siempre descendiendo, me encaminé á través de las huertecillas hacia el Tajo. La *struggle for life,* la imperiosa necesidad de terminar un cuadro de paisaje ya bastante adelantado, me obligaba á abandonar el fresco patio toledano, trocándole por la candente arena de la orilla del río. El sol dirigíame sus vespertinos rayos, que, á pesar de su oblicuidad, me herían certeros y me abrasaban. Bañábame en su vibrante luz que daba de lleno en mi rostro, inundado de copioso sudor. En estas condiciones atravesé por delante del balsón en que unos trabajadores lavaban hortalizas.

—¡Buenas tardes!—dije al pasar.

—Muy buenas las tenga Vd.—me contestó el de más edad.—¿Va Vd. ya con su tarea?

—No hay más remedio.

—Hoy ha habido quien ha *madrugao* más que usted. Ya *tié* Vd. ahí al loco.

—Hasta luego.

—Que se dé bien.

Atravesando bajo los altos álamos llegué al sitio preciso, de costumbre. Desplegué mi caballete, insistí sobre él el lienzo, abrí la caja y comencé á trabajar. El sol, ya en su ocaso, se perdía entre una maravillosa cohorte de irisadas y pequeñas nubes, á las que abrillantaba con cegadores toques de vivísima luz. Era el momento de mi cuadro. Comencé febril la tarea, aprovechando los instantes y tratando de conservar en mi retina la impresión del efecto, que rápidamente desaparecía. El río, á cuyo borde me encontraba, despedía calientes emanaciones en que se respiraba el envenenador paludismo. Atardecía.

De pronto volví rápidamente la cabeza, pues se reveló en mí, esa misteriosa sugestión que fuerza á mirar hacia el sitio en que presentimos una mirada que, tenaz, se clava en nosotros. No había sentido el más leve ruido, y sin embargo, tenía yo la evidencia de que no estaba solo.

Detrás de mí se hallaba el extraño personaje á quien los hortelanos aludieron llamándole el loco.

No era la primera vez que le había encontrado por aquellos sitios, y aunque no habíamos cambiado más que el saludo, su mirada, llena de infinita placidez, y sus delicadas maneras, no eran ciertamente las que delatan á simple vista al enfermo de locura.

Fijaba su inteligente mirada en el cuadro, y al encontrarse con la mía, me saludó con la más exquisita corrección.

—Es muy acertada la impresión, de color y de luz—me dijo;—reciba Vd. mi más franca felicitación.

Le manifesté mi gratitud por su lisonjero juicio que entendía yo era más cortés que sincero, á lo que me contestó:

—No soy artista, y en tal concepto, mis frases pueden ser más ó menos exactas. Pero mi juicio es el enunciado, y en todos los asuntos que se presentan á mi consideración fuí siempre imparcial. No sé si esto es virtud ó pecado. Mas nunca he sabido ni he tratado de disfrazar mi pensamiento. Debo advertir á Vd., que, aunque dedicadas todas mis energías al estudio de la Ciencia, no soy de los que consideran las creaciones del Genio como despreciables futilidades que pertenecen al pasado: muy al contrario, afirmo que las más conmovedoras y grandiosas obras del espíritu están por realizar, y que el Porvenir pertenecerá por entero al Arte en sus más bellas y sugestivas manifestaciones.

Ante aquel hombre me sentía empequeñecido. Su serena mirada y la firme dulzura de sus palabras, ataban mi lengua y esclavizaban mis ideas. Más que hablar, balbuceé torpemente:

—Hace días sentía viva curiosidad por cruzar alguna frase con Vd. Hoy tengo un verdadero deseo de saber qué estudia Vd. estas tardes á la orilla del río.

—Estudio lo contrario que Vd.; Vd. busca el efecto exterior, la forma, la línea. Vd. sintetiza, yo analizo, inquiero el fondo de ese río de que Vd. pinta la superficie; trato de explicarme las causas y aprovechar sus efectos; quiero realizar vida, con lo que hoy no produce más que muerte. Tengo voluntad firme y en breve he de exponer á los ojos de la indocta multitud, el tesoro que encierra el Tajo en su profundo cauce. No descubriré en él piedras preciosas engarzadas en ricos tisúes: verán algo más grande y más humano. Algo de efectos universales.

—¿Se dedica Vd. á las ciencias físicas? ¿Es usted inventor?

—Soy—me dijo—un hombre amante de la humanidad, á la que quisiera ver seguir con paso más seguro, que hasta el presente, la senda del progreso. Mi bello ideal consiste sólo, en la supresión de los obstáculos del camino, que oponen tenaz resistencia á la marcha de los que tratamos de avanzar. Mas fíjese Vd. con detenimiento: á pesar de esa constante obstrucción, cada día nos elevamos más, y desde las nuevas conquistadas alturas descubrimos nuevos mundos, ensanchando y esclareciendo con la poderosa antorcha de la Ciencia el antes limitado y obscuro horizonte.

Enmudecí. Aquel hombre se transfiguraba. Continuó:

—La antigua inscripción fenicia *Non Plus Ultra,* símbolo del quietismo arcaico, es mutilada por la iniciativa moderna, y siempre un Más Allá, substituyéndola, nos hace entrever dilatadísimos campos que han de ser fertilizados por la subyugadora energía del entendimiento humano. Cada día un nuevo aprovechamiento de las fuerzas naturales antes dormidas para el hombre y por él hoy despiertas y avasalladas, nos trae un beneficio de carácter universal. Los pueblos de la tierra se comunican rápidamente, y van aproximándose á la supresión de sus mal cubiertas necesidades, persiguiendo con tenacidad el suspirado equilibrio con el cambio de sus productos.

Ni me atrevía á mirar á aquel hombre en cuyos ademanes se reflejaba el entusiasmo por la idea, y cuyas palabras tenían acentos proféticos, ni me determinaba á pintar.

Me contempló un momento con cariñosa mirada y prosiguió:

—La Ciencia robando sus energías al Sol y á la Tierra sus productos inorgánicos, da vida con su incalculable poder, al hierro, al cobre, al vidrio y crea la máquina: ese ser dotado de tan extraordinarias facultades; cuyos músculos de acero están siempre propicios al incesante trabajo, con el solo mandato imperativo de nuestra voluntad; ese trabajador siempre obediente, siempre incansable, á quien jamás rindió la fatiga ó el sueño; ese obrero que como no piensa, no lleva en sí el menor germen de interesado egoísmo; ese esclavo, en fin, que nunca se amotina y á quien lo mismo importa trabajar á la luz del día que en la obscuridad de la noche; prisionero en el interior de los grandes talleres de la industria, que recorriendo sobre rails de hierro tendidos sobre la tierra enormes distancias, arrastrando inmensos trenes; ó deslizándose majestuoso sobre las ingentes olas huracanadas, desafiando con su tranquila intrepidez las espantosas borrascas de los mares.

Comencé á sospechar que aquel hombre, si estaba loco, era un loco sublime.

A los pocos instantes continuó:

—La electricidad, esa deidad de la época presente, nuevo Júpiter en la religión de la Ciencia, armado de sus rayos al par de mortíferos, vivificantes; fuerza de poder incalculable y de incalculables aplicaciones; igualmente capaz para destruir que para crear: esa desconocida energía, dominada, conducida y metamorfoseada por la portentosa inteligencia del hombre, de igual modo rasga las tinieblas del éter ahuyentándolas al veloz impulso de sus vibrantes rayos y bañando en viva luz los sombríos espacios, que penetra en las entrañas de la tierra descubriendo entre sus angulosos, duros y opacos músculos de roca, bruñidos tesoros de metales y piedras preciosas: lo mismo corre vertiginosamente sobre la superficie del planeta, trazando signos sobre el aparato telegráfico, que transmite á inmensas distancias la palabra humana conducida á través de delgadas fibras metálicas por el teléfono: de igual manera que ilumina las profundidades de lo inorgánico, desciende en forma de lámpara incandescente por la laringe del carcinomatoso y enrojeciendo el metálico instrumento corta y cicatriza los tejidos enfermos alcanzando la victoria más humana en la lucha contra la infección, y del mismo modo que estos antros de podredumbre ilumina la mesa del escritor, el taller del obrero ó las suntuosas salas de los palacios.....

—¡Luego Vd. supone—me atreví á decirle—que la Ciencia es la llamada á resolver todos los problemas que hoy tan hondamente nos agitan! Pues, ¡y aquella afirmación primera de que al Arte pertenece el Porvenir!

—Escúcheme Vd. y se convencerá de la exactitud de mis palabras. Es preciso luchar sin descanso hasta llegar á la absoluta conquista de las fuerzas naturales. ¡Ah! Cuando llegue ese ansiado día, no tendrá el hombre necesidad de ganarse el pan con el sudor de su rostro; no destrozará sus músculos dedicando sus energías á impulsar artefactos que pueden y deben ser movidos por el viento, el carbón, los saltos de agua, las mareas, el calor del sol, el calor central..... en una palabra, por la combustión, la ley de gravedad y las corrientes. Y trabajará, pero no como hoy, para la satisfacción incompleta de sus necesidades, sino para el regocijado goce del espíritu. La dura ley del trabajo parece hoy una maldición: el dominio de la Naturaleza la metamorfoseará mañana en una anhelada voluptuosidad. En aquel oasis que á través del abrasado desierto percibimos, terminarán las horribles penalidades de esta ferviente caravana que llamamos la Humanidad. Aplacada su sed y su hambre, satisfechas y aun hartas todas sus necesidades materiales, vivirá la vida del espíritu, y entonces en lugar de consumir fuerza física, gastará y repondrá constantemente fuerza cerebral, y substituyendo al natural horror que hoy produce la fatiga corpórea, el prolífico amor del trabajo intelectual, llegará á la concepción de los más sublimes ideales y al goce de los más elevados y suprasensibles deleites. La humani-